

Título: Una vieja cicatriz

Lema: Anónimo Pseudónimez

Isabel entró en la casa fatigada, más que por la carrera para llegar, por el agobio y las prisas.

—¿Carmen? —llamó a la dueña de la casa antes de ponerse a limpiar. Esta vez no la esperaba en el salón y se preocupó por ella, a la edad de doña Carmen, saltarse las rutinas suele ser mala señal.

—Aquí, en el patio. Tengo visita, ven.

—Perdona que me haya retrasado otra vez. Esta vez mi hijo tenía una excursión, así que entró más tarde en el colegio y perdí el autobús para venir.

—Tendrías que aprender a montar el carril bici llega hasta la puerta de casa. Por cierto, te presento al señor Fernández, está interesado en mi bicicleta para su museo.

—Colección —corrigió el hombre—. En fin, ¿qué me responde, doña Carmen? Me parece que es una oferta muy interesante. Piense que necesita algunas reparaciones, como por ejemplo, este cuadro tiene una abolladura...

—Cicatriz. Mi madre la llamaba cicatriz y, de hecho, si no es por esa cicatriz, ella no hubiera nacido.

Isabel se sorprendió. Jamás habría imaginado que aquella bicicleta negra tuviera tantos años. Más que doña Carmen.

—Aquellos eran otros tiempos. Mi abuela quería aprender a montar en bicicleta. Para ella, eso significaba romper una cadena. Podría moverse por

Sevilla libremente sin los gastos de mantener a un caballo ni depender de que alguien la llevara. Pero, claro, se veía con malos ojos que las mujeres fueran en bicicleta.

—¿Por qué? —preguntó Isabel.

—Por tonterías: por la ropa que tenías que llevar, porque estaba mal que una mujer fuera independiente. ¡Hasta inventaron una enfermedad llamada cara de bicicleta! En fin, intentaba aprender ella sola y en uno de sus intentos, ¡zas! Arrolló a mi abuelo.

Doña Carmen dejó escapar una risa muda.

—Me imagino la cara de mi abuela. Mi abuelo tenía un aspecto muy serio, con ese bigote negro y ese vozarrón suyo. Él la miró y le dijo «señorita, es un peligro que aprenda usted por su cuenta. No puedo permitir tal cosa» y, acto seguido, añadió: «tendré que ofrecirme para enseñarle»; mi abuela se quedó boquiabierta, se disculpó y, después, le preguntó «pero, ¿usted sabe montar?». Mi abuelo se puso aún más serio y respondió: «En absoluto. Pero aprenderé si usted me enseña». Mi madre siempre contaba esta historia cuando yo le pedía que arreglara esa abolladura.

El señor Fernández sacó la chequera de su chaqueta y escribió una nueva cantidad.

—Creo que esta oferta es más que generosa, ¿verdad, doña Carmen?

—No lo sé, la verdad. Isabel, ¿cuánto crees que vale esta bicicleta?

A Isabel, la pregunta le cogió desprevenida.

–No sé de bicicletas, Carmen. Ni siquiera sé montar, pero esas cicatrices tienen demasiado valor como para ponerles precio.

Doña Carmen sonrió emocionada, tomó a Isabel de las manos y respondió mirándola a los ojos.

–Pues acabas de ponerle el mejor de los precios: que aprendas a montar en bici.